



EL TEJIDO PEDAGÓGICO MULTIDIMENSIONAL: LA TRASCENDENCIA DEL DOCENTE REFLEXIVO

Fecha de recepción: 02-03-03

Fecha de aceptación: 05-07-03

JEANETTE ALEZONES PADRÓN

jeanetecfc@yahoo.es

UNIVERSIDAD DE CARABOBO

DEPARTAMENTO DE PEDAGOGÍA INFANTIL

Resumen

El presente ensayo define como punto central, lo imperante de una labor pedagógica cuya esencia confluya en redes y acciones desde el marco de la reflexión constante y el mejoramiento progresivo de quienes reciben educación. Las nuevas tendencias y paradigmas educativos, fundamentan e impulsan cambios estratégicos dentro de este campo, cuyos linderos se fortalecen cuando, a la luz de la racionalidad, podemos visualizar al ser humano como un todo complejo y plural, actor dinamizante y constructor de su entorno en permanente transformación. De manera que la reflexión, por una parte, pone de manifiesto en el docente su capacidad para orientar, mediar, facilitar, es decir, trascender hacia la verdadera comprensión del alumno; por otro lado, propone y genera una gestión del conocimiento, que dista mucho de las apropiaciones meramente intelectuales, porque da cabida a una labor pedagógica que se redimensiona en sí misma, pero, sin entropía y acoge la diversidad del medio para no soslayar el contacto ecológico como razón externa e interna de su propia existencia social y multicultural. Ello en síntesis, concede sentido a un maestro que, al reflexionar diariamente sobre su propio quehacer educativo, indaga, interpreta y reajusta su acción, sus estrategias, el sentido o curso planificado, en función de las necesidades e intereses encontrados, a fin de favorecer el desarrollo integral de sus educandos.

Palabras clave: labor pedagógica, reflexión, racionalidad, efectividad, acompañamiento.

Abstract

MULTIDIMENSIONAL PEDAGOGICAL FABRIC: THE IMPORTANCE OF A THOUGHTFUL AND REFLECTIVE TEACHER.

The central issue of this essay is the importance of pedagogy whose essence converges in networks and action from the framework of constant reflection and the progressive improvement of those receiving an education. The new tendencies and educational paradigms are the basis and promoters of strategic changes within this field, whose limits are strengthened when, in the light of rationality, we can visualize the human being as a complex and plural whole, a dynamic actor and constructor of his/her surroundings in permanent transformation. In this way, reflection, on the one hand, is evident in the capacity of the teacher to guide, mediate and facilitate, that is, to reach towards the student achieving true understanding. On the other hand, it proposes and generates a management of knowledge that is a far cry from merely intellectual appropriations because it allows for a pedagogical effort that redimensions itself, but without entropy and taking into account the diversity of the medium so as to not evade the ecological contact as an internal and external reason of its own social and multicultural existence. In synthesis, this gives meaning to a teacher who, through daily reflection on his/her own educational duties, inquires, interprets and readjusts actions, strategies, the direction or course planned, as a function of the needs and interests found, all with the final objective of favoring the integral development of his/her pupils.

Key words: pedagogical effort, reflection, rationality, effectiveness, and accompaniment.



veces parece inverosímil la disparidad con la que los seres humanos enfrentamos al mundo. Todo un acervo de ópticas, diferencias, singularidades que cada quien utiliza para definir lo que piensa o siente. Ideas que se dejan influenciar a la luz de nuestras experiencias, o creencias que se dejan llevar por tendencias que fluyen en un

vaivén de tamices nuevos o antiguos, pero que, sin duda, dan sentido a la vida.

Es este un camino de perenne búsqueda, donde existe toda una gama de condiciones que se desplazan desde nuestro sistema interior, infiltrando nuestra visión. Tal vez entre de los múltiples errores por los que atravesamos al apropiarnos de nuevas percepciones, ideas y concepciones, se encuentra el de creer que no existe relatividad en la verdad que asumimos como nuestra. Por eso, la posibilidad de enfrentar a la razón aquello que consideramos como verdad individual y, por ende, como verdad social, una vez que nos pertenece, bien sea por el arraigo a un sistema de ideas creado dentro de un contexto definido o por el compartir de esas particularidades con nuestros pares, se convierte en el vértice de quien trasciende de los muros inertes del fanatismo.

De lo que se trata es de abonar el terreno, cada vez más desatendido, de una racionalidad a la cual le es inmanente apropiarse del todo y de sus partes para dialogar con una realidad, aun cuando ésta se le resista. El haber de esta racionalidad, como lente a través del cual se enfocan los hechos, no se pervierte en bases mutiladas que niegan la discusión de argumentos o se sientan sobre un único punto de vista sin dejar paso a otras consideraciones, cual vulgar racionalización.

Es decir, la verdadera racionalidad a través de la cual podemos enfrentar nuestras ideas, concepciones, tal y como lo señala Morin (2000), conoce los límites de la lógica, del determinismo, sabe que la mente humana no podría ser omnisciente, que en realidad comporta misterio, ella negocia con lo irracionalizado, lo oscuro, no solo es crítica sino autocrítica. De allí la capacidad de reconocer nuestros errores o nuestras insuficiencias, sin que por ello nos amarguemos o sumerjamos en un mar de prohibiciones y deslices con tendencias contrarias a las que pensamos.

Las ideas anteriores permiten destacar, que si bien existe un punto de vista muy personal, debemos contrastarlo con el contexto, con las opiniones de otros, de manera abierta y focalizando, ante todo, el diálogo, aun cuando ello nos traslade inmediatamente hacia los linderos de la crítica personal, todo lo cual, sin ser ésta destructiva, sin duda nos ayudaría a comprender la visión del otro y parte de ese mundo desde el cual se forman y transforman las concepciones.

A la luz de esta consideración, si se quiere, enfocada en el vértice de la complementariedad, del acompañamiento a partir de sí mismo para luego emprender el acompañamiento colectivo, se originan sin duda las miradas que, en busca de apoyos estables, consolidados e integrales, insisten en dar sentido al complejo ritmo educativo y social, lo que tiene como eje al docente, en su relación permanente con sus educandos y con todo un mundo añadido que al vincularse estrechamente, ya forma parte indisoluble de una realidad que los envuelve.

En este sentido, como punto central de un quehacer que dictamina las acciones desde diversos ámbitos y dimensiones, el docente, cuyo rol se redimensiona atendiendo a los pilares educativos del ser, hacer, conocer y convivir, planteados por la Unesco (2001) y por las consideraciones curriculares actuales, deja de ser aquel que impone, para convertirse en el líder que maneja el consenso, se aleja de la visión parcial de la realidad educativa, para enfocar el todo, sus vertientes y vicisitudes. Cautiva el poder de sus alumnos para mediar y facilitar nuevos aprendizajes, se convierte en la fuente que emana confianza, aun cuando las ganas o el saber no se precisen de entrada en el educando.

La formación de este docente se encuentra unida ciertamente a un secreto, nada nuevo bajo el sol, pero, sin embargo, complejo, retador, funcional; se trata de atender, ante todo, la perspectiva de lo personal, para de esta manera, planificar y gestionar estrategias y herramientas que le permitan darse a otros. Define, entonces, la pertinencia del manejo de la racionalidad, cual horizonte que se extiende en la comprensión de lo global y multidimensional, de lo dialógico y dinámico, de la sinergia y eclosión, todo lo cual favorece relaciones e interacciones entre los pares y permite a su vez, integrar ideas, acciones, pensamientos, opiniones.

Entraba lo expuesto de un docente que se desdoble con el fin de dar sentido a su acción, lo que será posible si y sólo si se ha mirado de vuelta, si y sólo si se ha permitido fracasar y ha reflexionado sobre ello, si y sólo si se ha enamorado de su labor que trasciende más allá de su

conciencia e inconciencia. De sus manos salen capullos todo el tiempo, pero ¿será acaso que el docente puede siquiera pronosticar el color de los mismos, sabrá cómo crecerán, qué vientos los embatirá, quién los podará o cortará de raíz? Se van los sueños, se van los suspiros, pero vienen otros, no solo suplen, sino que transforman y dan vida a nuevos capullos. ¿Acaso puede el docente realmente considerar las dimensiones de sus palabras, de sus acciones, de su labor...?

Las consideraciones planteadas precisan que, más allá de aprender la técnica, de poseer múltiples conocimientos que puedan ampliar su campo conceptual e intelectual o de creer en la necesidad de un marco epistemológico que explique los sistemas de pensamientos que han forjado la historia del hombre, el docente debe proveerse de un espacio que promueva su desarrollo personal, porque a partir de allí, podrá construir, integrar, comprender, asimilar, aceptar, acompañar.

La racionalidad en estos términos, concebida desde las tendencias que definen nuevos paradigmas, oferta luces a la concepción del todo y a la consideración de sus partes, como camino determinante para entender sus relaciones interdependientes y mutuamente retroalimentables, desde donde se concibe, entre otros aspectos, la diversidad en su dinámica tan particular.

A lo largo de estas ideas se deja entrever un alto que converge en la necesidad de visualizar de manera exhaustiva la propia humanidad, se trasciende en aras de una labor, una racionalidad que cree en el otro, que da y se deja complementar, tal y como lo señala Morin (2000), se trata de la comprensión humana intersubjetiva, aquella que sobrepasa a la explicación intelectual y se dirige al conocimiento de sujeto a sujeto, todo lo cual impera un proceso de empatía, identificación y proyección. Este es el docente del nuevo milenio, ¿figura éste dentro de las utopías irreconciliables de quienes sólo sueñan alejados de su entorno o realidad?, ¿podemos dar vida a las ideas de múltiples teóricos educadores que al creer en este sendero, plantean caminos a la luz de nuevos paradigmas?

Son interrogantes que conducen a un punto esencial; a saber, la reflexión constante de todos los agentes involucrados en la pedagogía, sobre todo del maestro. A ciencia cierta, educar, es una misión, y como toda misión, quien la ejecute necesita focalizar tanto sus metas, como las metas sucintas en ese entorno próximo y ecológico en el cual dinamiza. Es allí, a partir de esa interacción, cuando se desatan los nudos críticos que surgen en esa realidad cada vez más abordada, es en este momento cuando el sentir se apropia con características de retos, metas, pasos que emergen de esa reflexión permanente.

La praxis en estos términos, genera conocimiento que trasciende en respuestas, según Revoco (2002), gracias a

la investigación, seguimiento, sistematización y evaluación de los hechos que acontecen en la labor pedagógica. Al ser así, el docente culmina caminos educativos, para empezar de nuevo otros con nuevos apoyos y nuevas redes, porque en él han convergido dos elementos indispensables para abordar con efectividad los procesos de enseñanza y aprendizaje; es decir, su sentir y su pensar.

Es por ello que, al crear caminos que traspasen la mera aplicación de teorías o programas educativos creados por terceros, el maestro, científico por naturaleza, toda vez que se halla comprometido con su entorno y comunidad, se convierte en el vértice que elabora pedagogía sobre la base de una acción que comulga y se interpreta en razón de un fundamento teórico. Este es el fin de todo docente que se precie de estar involucrado con su praxis, lo demás puede ser mero formulismo o simple pretexto cultural.

Entonces, el querer hacer, sin duda, transita por el ser y el convivir, pero a su vez, todo ello tiene sentido cuando desde la racionalidad, se retoman posturas, se sincretizan premisas, se unifican opiniones y se valida la labor pedagógica cada día, a la luz de la mirada de los alumnos, de la participación y expresión imperantes en el aula, de la manifestación empírica que origina el principio de la ciencia, de la discusión proactiva surgida desde el respeto al otro.

Se trata de forjar senderos, ideas, que sustentados en el principio de desarrollo autónomo, democrático y regional expuesto por la UNA, (1997), permitan al docente conocer



a los alumnos para ayudarles a mejorar, aseveración que según Álvarez (2001), contribuye al conocimiento como construcción sociohistórica y resalta las dimensiones de una pedagogía que atienda, en suma cuenta, las necesidades e intereses de quienes reciben educación.

De manera que el mejoramiento es continuo, reflexivo, se evoca de acuerdo al ritmo de cada quien, se impulsa en aras a la sensibilidad de un maestro que cree, que espera y que puede, como se ha señalado con anterioridad, dar cabida a las diferencias, a la diversidad, con el fin último de adentrarse en la verdadera comprensión del ser humano, de ese ser que hoy ha llegado a sus manos confiado, dispuesto, con múltiples expectativas y, sobre todo, entregado por completo a quien desde ahora se convierte en el eje de sistemas pedagógicos que podrán propiciar su estabilidad social, inteligencia emocional, procesos cognitivos contruidos de manera significativa, movimientos coordinados y complejos, seguros y activos.

Esta capacidad de reflexión, presente, inalterable, ya con fuerza y vida propia, se convalida en ese proceso de formación integral que se contempla líneas atrás y que denota la concordancia entre el sentir y el pensar en el

maestro; relación que será posible cuando este ente educativo se encuentre con esa mirada interna que le conmueva, cada vez que descubra las dimensiones de sus palabras, de su confianza en ese ser en crecimiento, de su coherencia y pertinencia con ese entorno.

Todo lo planteado puede ser solo una premisa e, incluso, un lugar común dentro de la cadena escrita, pero sin duda, quien ha experimentado diversos ángulos del quehacer educativo y ha vivido la responsabilidad trascendente de este hecho, podrá articular sus propias ideas, focalizar sus propias reflexiones, permeabilizar su acción, una vez que considere que los cambios y la transformación, es lo único estable en estos tiempos, puede incluso que llegue a considerar, que el apropiarse del todo y sus partes para dialogar con una realidad, aun cuando ésta se le resista, es un punto de honor y ya un acto consecuente de esa racionalidad que comporta, tal y como se mencionara en párrafos anteriores, un camino obligante hacia la verdadera comprensión del alumno, quien en definitiva, funge como principal fuente de inspiración para quienes conocen y creen en su labor. (E)

Bibliografía

- Alfaro de Maldonado, M. (2000). *Evaluación del aprendizaje*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Álvarez, J. (2001). *Evaluar para conocer, examinar para excluir*. Madrid: Ediciones Morata.
- Morin, E. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas: Ediciones FACES/ UCV.
- Reveco, M. (2002). *Generación de conocimiento en la educación de párvulos. Actuales paradigmas de investigaciones políticas: lo dicho y lo silenciado*. Aragua: Ponencia en el Congreso de Investigación en Preescolar UPEL.
- Carbonell, Jaume. (2001). *La aventura de innovar. El cambio en la escuela*. Madrid: Ediciones Morata.



Ideario Pedagógico de Paulo Freire

- No existe educación sin sociedad humana y no existe hombre fuera de ella.
- La educación de las masas se hace absolutamente fundamental entre nosotros. Educación que, libre de alienación, sea una fuerza para el cambio y para la libertad. La opción, por lo tanto, está entre una “educación” para la “domesticación” alienada y una educación para la libertad. “Educación” para el hombre-objeto o educación para el hombre-sujeto.
- La conciencia transitiva es, en un primer estado, preponderantemente ingenua.